

cuida de las contradicciones en que incurren sus personajes, atento sólo al fondo de sus doctrinas, a la trama de las ideas, al brillo de sus diálogos. Qué importa la objeción, si se trata de un estilista que subyuga y de un filósofo que convence como Anatole France!

Pero quienquiera que haya leído el «Lys Rojo», «Thaïs» o «Los dioses tienen sed» para no citar más que estos tres volúmenes, tendría que reconocer que si la novela ha tomado forma nueva y no es ya el libro de aventuras que agujonea la curiosidad del lector, en cambio éste se siente lisonjeado en lo más íntimo de su alma, por el estudio profundo del medio, ya sea la deliciosa Florencia contemporánea, las costumbres antiguas del Egipto o el drama intenso de la Revolución, así como por los problemas psicológicos planteados entre aquellos seres de superior inteligencia y de afinado y voluptuoso instinto, prestado por el autor, que vemos desarrollarse en un estilo reposado y elegante, digno del brillante maestro de la Academia.

Militando entre sus innumerables admiradores, consideramos la ocasión de conocerle personalmente y de escuchar su palabra, como un verdadero obsequio del Destino. Se verificaba una reunión de socialistas en un teatro del boulevard. El discurso principal fué en-

comendado a Jaurés, orador inimitable, cuyo verbo era un prodigio de la naturaleza y la asamblea presidida por Anatole France, quien por este motivo se vió obligado a intervenir para predicar concordia entre sus compañeros exaltados por un incidente de la polémica. Los nacionalistas y los clericales eran el enemigo. En esa época lejana había renegado ya del escepticismo y descendiendo de la torre de marfil, se mezclaba en las ardientes luchas religiosas y sociales de su patria.

Mas tarde llegó la ancianidad. Como a Renán en otro tiempo una sonrisa caracterizaba su semblante y su presencia en las reuniones públicas, su profesión de fe en el porvenir, sus últimos discursos-testamentos espirituales dedicados a la juventud de su país, enardecida por la victoria, sus palabras que parecen actos, atraían unánimes aclamaciones. París veía este anciano como favorito de su gloria.

Ahora, a los 75 años ha muerto el ilustre hombre de letras. Francia y el mundo tienen conciencia de que han perdido a uno de los más altos exponentes de la cultura contemporánea, porque fué adversario de las preocupaciones erróneas y apasionado amigo del progreso, porque fué muy parisien- se y muy humano, es decir, un verdadero nieto de Voltaire.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS.

construido con mezquindad. Defended contra el enemigo esta risueña y pura ecuanimidad que admiramos en vuestra conducta.

ANATOLE FRANCE
De la Academia Francesa.

Noviembre de 1919.

LA ESCUELA Y LA CALLE

Los educadores se quejan, generalmente, de la funesta concurrencia que la Calle hace a la Escuela. Por la Calle se ven pasar constantemente todos los vicios. En la Calle están el periódico y el *cine*.

La Familia y la Calle han ocupado siempre un lugar importante en la educación.

El problema serio de la calle comienza en la adolescencia. Los educadores no pueden, como en otro tiempo, limitarse a maldecirla, porque es hoy para ellos una importante colaboradora. Lo que hay que procurar es que no sea demasiado nociva a la Escuela, y que la última conserve prestigio y atractivo, y que se establezca entre ellas una razonable división del trabajo.

Es inútil declarar la guerra a la Calle. Es demasiado divertida y demasiado barata para eso. Por término medio, cada alumno de las Escuelas Superiores dispone de tres francos semanales para sus pequeños gastos, con lo cual puede comprar el periódico, algún semanario e ir una o dos veces al *cine* cada semana. A éste no falta.

Una investigación llevada a cabo entre profesores de las Escuelas primarias superiores ha dado los siguientes datos aproximados: Donde solamente hay *cine*, el 95 por 100 de los alumnos mayores van a él, por lo menos una vez por semana. En los centros importantes, donde el teatro y el *cine* se hacen concurrencia, el 5 por 100 de los alumnos van al teatro, rehusando su familia conducirlos al *cine*; el 25 por 100 asiste a la vez al teatro y al *cine*; el 70 por 100 va únicamente al *cine*.

En lo que se refiere al periódico, he aquí el resultado de la misma información: «Interrogados el 100 por 100 de nuestros alumnos, muchachos y muchachas, contestan que leen el periódico, sobre todo la sección de noticias y el folletín; los cuentos literarios obtienen gran favor. Una jovencita cita entre los grandes escritores actuales a madame Lucie Delarue-Mardrus...»

He aquí los hechos. Y he aquí algunas conclusiones que de ellos se deducen:

1º—La edad en que los jóvenes de

Alocución

a los Estudiantes Universitarios

Así como sois, tenéis todas mis simpatías. Uno de vuestros atractivos es la alegría, que es un dón que no se concede a los hombres gratuitamente: son alegres los que tienen el alma activa, libre y desinteresada.

Formáis la juventud estudiosa e instruida, y no debéis desconfiar de la ciencia. No creáis que es vana y engañosa, pues aun juzgándola con criterio pesimista, no engaña más que el amor y que la fe, ni es más falsa que esas tareas del espíritu que al absorber toda la vida la preservan de lo mediocre y lo vulgar.

No desconfiéis del pensamiento. Lejos de subyugarlo a ninguna condición, sometedle todo lo que debe conocer. Creed como Pascal que el principio de la Moral y la única dignidad del hombre reside en la facultad de pensar.

Os conjuro, señores: amad la verdad intelectual y moral hasta el punto de sacrificarlo todo. Que seáis entre nosotros los testigos y las víctimas dignos de ella, convirtiendo vuestras almas en ofrenda para la belleza y para el bien.

No permitáis que digan que no hay más fuerza en Francia que la de los intereses materiales; mostrad que aquí reina una potencia más noble y generosa. Cualquiera que sea el rumbo que toméis con vuestros esfuerzos y por las circunstancias, permaneced como sois ahora, hombres de ciencia y de pensamiento.

Ya en el estudio, ya en la acción, guardad siempre el amor de la verdad, el celo del espíritu, la pureza del corazón, el absoluto desinterés. No tratéis nunca la vida como un negocio; si así fuera, terminaría siempre por ser malo, expuesto a perderlo todo a la hora de la liquidación. Pero cuando se ha poseído aunque sea por un instante, una chispa de la belleza y de la verdad, estad seguros de tener un bien inestimable, una ventaja inmensa.

Conservad preciosamente esa juventud del alma que prolonga hasta el término de una larga vida la preocupación exclusiva de las cosas que no perecen. Desdeñad los intereses frívolos. Estableced vuestra fortuna al abrigo de los golpes que abaten lo que fué